



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 42.

JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 30 rs.

SUMARIO.

INVENCIÓN NOTABLE DE UN ESPAÑOL.—CINCO DUROS. (Conclusión), por R. Biasco.—LA CONCEPCIÓN INMACULADA: (canto á María), por F. Sellarés.—PACIENCIA, por Augusto Jerez Perchet.—LA ESPERANZA: poesía.—RICARDITO EN UN BAILE DE CONFIANZA, por B.—EL ORO, por C. Lopez.—A ELLA: fragmentos, por P. F. Reymundo.—LA CAZA DEL COCODRILO.—A MI AMADA: poesía, por M. Seco.—FÁBULAS, por Miguel Agustín Príncipe.—LOS NAIPES.—LAS PENAS DEL CORAZÓN: poesía, por M. Seco y Selly.—EL AMOR: (páginas de mi diario), por Aureliano Ruiz.—LOS OJOS DE CIELO, por Adolfo Miralles de Imperial.

INVENCIÓN NOTABLE DE UN ESPAÑOL.

La Asamblea del Ejército y Armada, revista mensual que se publica en esta corte con merecido crédito, dedica un buen artículo á examinar el sistema de armas cargadas por la recámara, que ha inventado don Cosme García Saez, natural de Logroño, y nosotros lo insertamos á continuación con el mayor gusto, tanto por dar á conocer uno de los mas notables inventos de la época, cuanto porque toda la gloria recae sobre un español.

Mucho ha trabajado el señor García para resolver tan árduo problema: grandes desvelos le ha costado su triunfo, pero es tan completo y trascendental el que ha obtenido con su genio y perseverancia, que debe estar completamente recompensado por el éxito.

El ilustrado cuerpo de artillería español ha hecho pruebas extraordinarias sobre la carabina García, y ha escrito informes que, honrando su inteligencia, son un gran título de gloria para el inventor, á quien felicitamos sinceramente.

El señor García ha sido recibido ya por el emperador francés el cual, perito en materia de guerra como el más entendido artillero, ha acogido el sistema García con verdadero entu-

siasmo y resolución, habiendo mandado que inmediatamente se hagan las pruebas oficiales, como es muy justo, antes de proceder al cambio de todo el armamento de su poderoso ejército.

Hé aquí el artículo de La Asamblea:

«La idea de cargar por la recámara las armas de fuego portátiles tiene su origen en época muy antigua, por haberse reconocido siempre que la operación de cargar con auxilio de la baqueta es tan lenta como embarazosa, y que el viento ó huelgo de los proyectiles causa grandes irregularidades en su dirección y disminuye los alcances.

Con objeto, pues, de hacer desaparecer tan graves inconvenientes, mucho antes que monsieur Delvigne iniciase las importantes modificaciones porque en nuestros días han ido pasando las armas rayadas para lograr el grado de perfección en que hoy las encontramos, se habían ocupado ya gran número de hombres de reconocida suficiencia en las resoluciones de un problema dirigido á conseguir un cierre ó sistema de obturación, que siendo fácil de poner en juego y no susceptible de frecuentes descomposiciones evite por completo el escape de gases en que la carga de pólvora se convierte, cualquiera que sea el número de disparos consecutivos que con las armas se hagan.

Pero como quiera que el éxito no correspondiese sino muy imperfectamente á los deseos y esperanzas de los que se propusieron realizar tan útil pensamiento, el ánimo, por decirlo así cayó, quedando aplazada una cuestión cuyas complicaciones y dificultades no todos pueden y saben apreciar.

Mas tarde, los sorprendentes resultados obtenidos con el sistema de armas rayadas y balas expansivas hicieron renacer de nuevo la idea de suprimir la baqueta como límite probable de su perfeccionamiento, y si grande había sido antes de esta época el empeño puesto en conseguirlo, no ha reconocido límite una vez iniciada la reforma, Collet, Adams, Lefau-

cheux, Fatisse, Seherps, Westley, Richard, Burton y otros cuyos nombres menos conocidos no recordamos, son modernos autores de ingeniosísimos sistemas de armas cargadas por la recámara aplicados con mas ó menos aceptación á las de caza y revolvers; pero ninguno tan perfecto, sólido y sencillo que haya podido adoptarse definitivamente para las armas de guerra, bien porque aquellas en que no hay escapes de gases ofrecen tales dificultades de fabricación que el precio de la mano de obra sube mucho, bien porque su mecanismo es demasiado complicado y débil para las toscas manos que han de ponerle en juego, bien porque necesitándose un cartucho especial generalmente metálico, su uso ofrece en la práctica tan graves inconvenientes, que, ante ellos, forzoso ha sido renunciar á las demás ventajas de sistema.

En España se ha dado al asunto que nos ocupa toda la importancia que realmente tiene, dedicándose de continuo el cuerpo de artillería á ensayar cuantos nuevos inventos han llegado á su noticia ó se han ofrecido á su examen.

Ultimamente, y con motivo de tenerse que reemplazar el armamento de los cuerpos de tiradores á caballo, la junta superior facultativa decidió no hacerlo, sin dar resuelto el problema de la supresión de la baqueta, y al efecto emprendió una nueva serie de pruebas, con gran número de armas cargadas por la recámara, así nacionales como extranjeras.

El resultado de estas pruebas, favorable á la nueva tercerola americana de M. Sharps, dió motivo á un luminoso informe de la citada junta, en el que, despues de enumerar las ventajas que esta clase de armas ofrecia respecto de todas las demás ensayadas, se propo- nía al gobierno de S. M. la adquisición en los Estados Unidos de las que fuesen necesarias para armar un escuadrón de tiradores, á fin de que, probadas en mayor escala, si los resultados eran satisfactorios y no se presentaban inesperados obstáculos en su fabricación, se

adoptasen definitivamente, si bien solo para la caballería, en razon á la mayor necesidad que tiene de servirse de la baqueta, y al corto número de disparos consecutivos que generalmente efectúa.

En tal estado las cosas, dieron principio los ensayos de un nuevo sistema de armas cargadas por la recámara, inventado y presentado por D. Cosme García Saez, natural de la Rioja, el cual, sin embargo de ser completamente extraño á cuanto tiene relacion con la milicia, la mecánica y el oficio ó arte del armero, creemos ha resuelto, de la manera mas satisfactoria que desearse pudiera, el importante problema que por tantos años ha sido objeto de continuo estudio para muchos hombres de indisputable mérito científico y artístico.

Las pruebas á que se han sometido las armas presentadas por el señor García, son indudablemente las mas enérgicas y decisivas de cuantas han tenido lugar en nacion alguna, para cerciorarse de la utilidad de inventos de esta clase; pero antes de enumerarlas y hacernos cargo de los resultados obtenidos, creemos indispensable dar á nuestros lectores una ligera idea de los modelos con que se han ejecutado.

Son estos una tercerola de caballería y una carabina de cazadores de infantería, cuyos cañones rayados, llaves, chimeneas y aparejos, exactamente iguales en peso, dimensiones y forma á los de las armas que hoy tiene el ejército, permiten una rápida trasformacion de estas, sin mas que reemplazar las cajas por otras y sustituir el tornillo de la recámara con el nuevo aparato de obturacion, que se asegura á rosca en el extremo del cañon donde aquel estaba.

Dicho aparato de obturacion le forman dos piezas principales. Consiste la primera, que es la directamente unida al cañon, y donde está colocada la chimenea, en un cilindro hueco de acero, cortado ó abierto en toda la longitud de la generatriz que corresponde á la prolongacion del eje del cañon, y que, como las demás, es perpendicular á este eje. El ánima del cañon termina en la superficie inferior del cilindro, el cual, cortado como está, hace el efecto de un fuerte muelle, cuyos dos brazos, abiertos ó separados en virtud de su propia elasticidad, se aproximan ó cierran cuando es conveniente por medio de un tornillo que ceba en ambos, al que da movimiento una pequeña palanca. En el brazo superior hay practicada una incision ú ojal que ocupa el cuadrante mas próximo al cañon, profundizando todo el grueso de las paredes del cilindro.

La segunda pieza del aparato de obturacion consiste en otro cilindro sólido de acero, cuyas generatrices tienen la misma longitud que las del anteriormente descrito, siendo su diámetro exactamente igual al de aquel, cuando los dos brazos que le forman están cerrados, ó el muelle en su mayor grado de tension.

Este segundo cilindro tiene abierto, equidistantemente de sus bases, el morterete ó recámara destinada á contener la carga de pólvora y la bala, siendo su eje, que coincide con el del cañon cuando el arma está dispuesta para el disparo, uno de los radios de la seccion intermedia del cilindro.

En el mismo cilindro está la comunicacion del morterete con la chimenea, para transmitir á la carga el fuego de la cápsula, y por último próxima á la boca del morterete hay una tuerca, donde ceba el extremo de un tornillo cuya espiga pasa por el ojal del primer cilindro cuando con el interior de este se encuentra alojado ó contenido el segundo: posicion relativa de ambos, que es la natural en el sistema.

Resulta, pues, que estando el segundo cilindro dentro del primero, segun acabamos de decir, y teniendo este sus brazos abiertos, aquel puede girar sobre su propio eje, por medio del movimiento conveniente impreso á la cabeza del tornillo cuya espiga pasa por el interior del ojal, con lo que se consigue dar al morterete la posicion necesaria para derramar

en su interior la pólvora del cartucho y colocar la bala, del mismo modo que si cargase el arma, con el auxilio de la baqueta, cuya operacion terminada, se hace girar nuevamente al cilindro para que el eje del morterete y el del cañon sea prolongacion el uno del otro; y apretando en seguida el tornillo que une los brazos del muelle ó primer cilindro, queda toda la superficie interior de este en contacto con la exterior del segundo, y el arma en disposicion de hacer fuego.

Semejante disposicion proporciona la ventaja de dejar interrumpida la correspondencia con el cañon cuando el cilindro no está convenientemente situado; evitándose asi el peligro que de otro modo habria, si por equivocacion ú olvido se disparase sin estar la recámara en direccion conveniente. Cuando la palanca no verifica la presion, cae su extremo móvil detrás del percutor, estorba que éste se monte, é impide, por lo tanto, la contingencia de disparar sin haber apretado el cilindro.

Fácilmente se comprende lo sencillo, perfecto y duradero del sistema, que no necesita cartucho alguno especial, puesto que el procedimiento para cargar es semejante al empleado en las antiguas armas, y que, á lo sumo, convendrá usar los de tripa natural ó artificial en las de caballería, para evitar el tener que romper el cartucho y derramar á granel la pólvora en el morterete.

Hecha la descripcion del aparato de cargar, pasemos á ocuparnos de las pruebas.

Dieron estas principio con tercerola, tratándose en ellas de averiguar, casi esclusivamente, hasta qué punto era perfecto el cierre, pues en cuanto á la justa direccion y alcance de los proyectiles, por las circunstancias anteriormente consignadas de ser el cañon, la carga de pólvora y la bala completamente iguales en el modelo presentado y en las armas que tiene el ejército, nada nuevo, ó que ya no fuese conocido, podia esperarse.

En quince dias que duraron las pruebas de fuego, se hicieron *tres mil seiscientos ochenta y siete* disparos á todo tirar; ó sean unos *doscientos cuarenta y seis* por dia. Al terminar el fuego en cada uno de estos, se reconocia el arma con la mayor escrupulosidad, sin que jamás se encontrase la mas leve señal de escape de gases, ni el menor entorpecimiento en el juego de las diferentes partes del sistema de obturacion, á pesar de haberse hecho tres mil setenta y un disparos sin limpiar el cañon del arma, y tenido esta espuesta trece dias consecutivos á la accion atmosférica, durante los que fueron las lluvias frecuentes y abundantes.

Esta prueba, verdaderamente extraordinaria, y que no solo manifiesta la bondad del invento, sino tambien la excelente calidad de nuestras armas, no bastó, sin embargo, á la Junta facultativa para emitir su opinion, por lo que dispuso se hiciesen *doscientos cuarenta* disparos con proyectiles sin ensebar. Desde el primer momento fue perceptible en esta prueba la falta del fabricante por la mayor cantidad de gases que salia por el oido de la chimenea, pero á los quince tiros el retroceso empezó á ser ya tan considerable, que no pudiéndose continuar el fuego á brazo, tuvo que colocarse el arma en un potro. Terminada la prueba, se procedió á desarmar el aparato de obturacion, sin que en el exámen que de él se hizo se encontrase novedad alguna, ni señal de escape de gases. En cuanto al cañon, además de la elevada temperatura que en él se encontraba, era tal la cantidad de residuos acumulados en su interior, que las estrías habian desaparecido totalmente.

Despues de tan extraordinarios y decisivos ensayos se dieron por terminados los de esta arma, empezando los de la carabina. Pero como el sistema de obturacion era el mismo en ambos modelos, *mil cuatrocientos* disparos á todo tirar y sin limpiar el arma bastaron para dejar satisfecha á la junta de artillería, en cuyo informe altamente satisfactorio y honorífico para el inventor, se propone la inmediata

construccion de las tercerolas y carabinas necesarias para armar con ellas dos escuadrones de caballería y un batallon de cazadores, y su adopcion definitiva, si, en el uso que la tropa haga de estas armas, no aparece algun inconveniente que haya dejado de descubrirse anteriormente, ó dificultades de fabricacion, que no son presumibles, aconsejan otra cosa.

Las pruebas ejecutadas por el cuerpo de artillería nos parecen tan acertadas y concluyentes, que no ha lugar á dudar que el problema de cargar las armas por la recámara ha sido resuelto por el señor García, el cual puede con razon estar orgulloso de haber conseguido una tan importante mejora en esta clase de máquinas de guerra.

El ejército español, será, á no dudarlo, el primero en Europa cuyas armas portátiles de fuego carezcan de baqueta. En cuanto á si está ó no, por su instruccion, en aptitud de utilizar convenientemente esta mejora, cuestion es que trataremos en uno ó mas artículos especiales; concretándonos hoy á felicitar á nuestro compatriota por un invento que indudablemente va á proporcionarle *honra y provecho*.

CINCO DUROS.

(CONCLUSION.)

V.

¡Dios mio! las tres. ¡La hora en que yo pensaba pasear placenteramente por el Prado! Las tres y todavía no he visto á Carolina, ni he almorzado siquiera. El pobre Julio cree que va á morir y me ha estado hablando de sus negocios, y me ha encargado que avise á su familia de lo que ocurra. Las mujeres son la perdicion de los hombres. He aquí un chico jóven, guapo, elegante, rico, y que va á matarse por una coqueta... mal dicho, no es coqueta la mujer que obra como Luisa, es algo peor.

Si todas fueran como mi Carolina el mundo seria una balsa de aceite. Esa chica es todo corazon, tiene siempre la verdad en los labios, es una bellísima escepcion de la regla.

¡Qué lástima que yo no sea rico para casarme con Carolina!

Me voy á verla; pero no, antes debo almorzar. Las tres no es la hora mas á propósito para un almuerzo, pero quiere decir que comeré tarde y que el almuerzo será muy frugal. Despues iré á ver á Carolina y comeré allá á las siete para marchar al teatro á las ocho.

¡Diantre! queria pasar un dia feliz y ya he gastado medio en superfluidades.

Pero me consuela la idea de que he favorecido al prójimo.

En cambio me consagraré á mí mismo hasta mañana.

Allí veo una fonda, allí me cuelo.

VI.

—¿Dónde vá usted tan de prisa, señor Lopez?

—¿Eres tú, Maruja, qué me quieres?

—La señorita Carolina me ha dicho que si encontraba por casualidad á usted, le diera un recado y la casualidad me ha servido á pedir de boca.

—¿Y qué quiere Carolina?

—Que sepa usted que esta tarde saldrá á paseo con una amiga hácia el puente de Toledo.

—Vaya un paseo extraño.

—¿Qué quiere usted? Allí libros de la presencia de su mamá que no puede ver á usted ni pintado....

—Yo le pago en la misma moneda.

—Allí, digo, podrán hablarse ustedes largo rato.

—Pues mira, allá voy dentro de una hora.

—No; ha de ser en el momento: la señorita ha salido ya de casa y si despues sabe que usted ha tardado por su gusto, tendrá celos y regañará con usted. Y la ocasion es oportuna, por

que cierto alférez de caballería pasea todos los días la calle á pie y á caballo y le dirige unas miradas tan tiernas que pueden ablandar el corazón mas duro.

—¿Esas tenemos? ¿con que hay un oficialito que me disputa el amor de Carolina?

—Sí, señor.

—Ah, pues me voy corriendo al puente de Toledo. Adios.

—Adios, señor de Lopez.

VII.

Le voy á decir á Carolina cuántas son cinco. Ese oficial me dá mala espina. No perdamos el tiempo, y caminemos hácia el puente de Toledo.

VIII.

¡Brrr!!! Hace un frío que hiela los huesos; estoy tiritando. La noche se echa encima.

Me he divertido como hay Dios, paseando toda la tarde con este viento de Guadarrama que regala pulmonías como si repartiera confites y sin encontrar á esa ingrata.

Es muy posible que Carolina me haya enviado al puente de Toledo, con el objeto de conversar libremente con ese.... subalterno de caballería.

¡Despreciarme por un alférez!

Verdad es que yo no soy nada, no puedo ni valgo nada, pero ¡qué demonios! ¿Tanto vale un alférez?

Yo en un día mas ó menos lejano brillaré en el mundo. El público indudablemente aplaudirá mis comedias y comprará mis libros, me llamarán en las gacetas de los periódicos distinguido literato, célebre escritor y quizá dirán que soy un genio, el gobierno me nombrará embajador ó ministro plenipotenciario ó al menos gobernador de cualquier provincia, y todo esto debe tenerlo en cuenta Carolina, á quien no le vendría mal que la llamasen gobernadora.

Mientras que ese alférez, ese pobre alférez, no alcanzará nunca la efectividad de capitán.

Por supuesto que todo lo que me ha contado la criada es falso, estoy seguro de ello.

Pero aquella que pasa es Carolina; sí, Carolina con su amiga y el alférez.

Voy á tomar una venganza ruidosa.

Me acercaré á él y le atravesaré el corazón de una puñalada.

Pero es el caso que no llevo puñal, ni cuchillo, ni navaja, ni un miserable cortaplumas.

Entonces me acercaré y la puñalada será para mí; morirá y mi sombra vagará alrededor de esa pérdida como un remordimiento eterno.

Tampoco puedo realizar este proyecto, por la falta de armas en primer lugar y sobre todo porque quiero vivir.

Pues me acercaré, y le apretaré el cuello hasta que saque la lengua, ó le pegaré un puñetazo en el cogote, ó un puntapie en cualquiera otra parte del cuerpo.

Pero sacará el sable y me solfeará de lo lindo.

La mejor venganza es pasar sin decir nada; ella me verá y caerá desmayada.

Bueno; que se muera de disgusto.

IX.

He pasado y Carolina no se ha desmayado, por el contrario se ha reído ruidosamente y le ha dicho al alférez:

—Ese es.

El alférez se me ha aproximado gritando:

—Señor Lopez, señor Lopez!

—¿Qué se ofrece? he contestado yo.

—Tenemos que hablar.

—Yo no conozco á usted.

—No importa; alguna vez hemos de empezar á tratarnos.

—Es que yo no quiero tratar á usted.

—No sea usted. arisco; y véngase conmigo, que el asunto nos interesa á los dos.

Y me ha cogido del brazo y me ha hecho que le acompañara á la fuerza.

El militar me ha dicho que está enamorado perdidamente de Carolina, que está le corres-

ponde, que le ha confesado que me tenía cierto cariño, una especie de compasión, lástima que se siente por un desgraciado, que él, sin embargo, tenía celos de la conmiseración de Carolina, y que exige de mí que la olvide y que no vuelva á verla ni hablarla.

Todo esto me lo ha dicho de una manera brusca, dura, altiva; ese hombre creía que estaba hablando con un recluta.

Yo iba á contestarle en el mismo tono, pero me he contenido; es muy grande el dominio que tengo sobre mis pasiones.

Al cabo de tres horas de conversacion nos hemos hecho mutuas concesiones; es decir, yo le he sacrificado mi amor y él ha quedado dueño absoluto del campo.

A mí nadie me gana á generosidad y en esta ocasion he vencido.

Verdad es que me ha costado poco; así como así, me iba ya cansando de Carolina.

X.

Las ocho de la noche y todavía no he almorzado; parece que la fatalidad me persigue.

Voy á comer y para resarcirme de la privación anterior, el cubierto será de cuatro duros; después me fumaré un puro, porque el vicio del cigarro es el que me domina.

Luego iré al teatro Real aunque llegue al segundo acto, á la salida hablaré cinco minutos con el padrino del adversario de Julio y por último dormiré descansadamente hasta mañana.

He perdido el día; pero aprovecharé la noche.

Me he empeñado en ser feliz por algunos momentos y lo seré, para eso tengo cinco duros.

Con el dinero se obtiene todo, hasta la dicha; el mundo lo dice y mi ejemplo lo prueba.

Mi nariz se recrea anticipadamente con el olorillo de una buena comida y la boca se me hace agua solo de pensar en el opíparo banquete que me espera.

Creo que me voy haciendo algo gloton y que pienso demasiado en mi estómago.

En este momento cambiaría veinte Carolinas por una chuleta.

Verdad es que Carolina me ha jugado una pasada muy perra.

La olvidaré, puesto que ella se empeña.

El saludo de un hombre que saca la cabeza por la portezuela de un coche de plaza interrumpe mis reflexiones.

El coche se para y el hombre me llama: no le había conocido; es el empresario del teatro del Príncipe.

—¿No sabe usted que esta noche se lee su drama? me ha dicho.

—Lo ignoraba.

—Pues va á empezar la lectura en este momento, y conviene que usted asista á ella. Se han reunido algunos amigos, personas distinguidas del mundo literario, para juzgar la obra; naturalmente harán observaciones, discutirán sobre la naturalidad de la acción ó sobre la verdad de los caracteres, ó sobre el efecto de las situaciones, y usted tendrá que responder á sus argumentos ó que someterse á su juicio.

—Es indudable.

—Pues venga usted conmigo, que no tenemos tiempo que perder: si la obra gusta, mañana empezarán los ensayos y la semana que viene se pondrá en escena.

—¡La semana que viene! Sí; le acompaño á usted.

—¡Cochero! al teatro del Príncipe.

XI.

Salgo mareado, aturdido; he leído mi drama y aquellos encopetados señores, aquellas distinguidas eminencias literarias, no han alcanzado á comprenderlo.

En las escenas mas tiernas soltaban el trapo á reír como unos locos, y cuando yo apuraba el diccionario de los chistes, se quedaban tristes y macilentos.

Después han analizado el drama escena por

escena, lo han disecado, han buscado y rebuscado defectos, como traperos que revuelven un montón de basura para encontrar un pingajo, lo han censurado todo; el pensamiento, los personajes, la versificación, el fondo y la forma.

Unos han dicho que de los cinco actos que tiene el drama sobran cuatro y medio, otros que debía añadirle prólogo y epílogo, aquellos aseguraban que están demás cuarenta de los cuarenta y cinco personajes que juegan en la acción, éstos que falta un motín para presentar un pueblo entero sobre las tablas; quién ha juzgado la versificación demasiado lírica y quién ha dicho que los versos son coplas de ciego.

He sostenido una lucha titánica con aquellos perros de presa de la literatura y al fin hemos transigido; suprimiré dos actos y veinte personajes, corregiré los versos y la obra se representará.

El día en que el público me aplauda, me colocaré por encima de todos esos aristocráticos ignorantes que me han hecho pasar tan mal rato, y si alguno de ellos presenta una obra y yo he de juzgarlo, sea en una reunión privada, sea desde las columnas de un periódico, entonces...

Entonces me acordaré de esta noche fatal y no seré para ellos un perro de presa, seré un perro rabioso.

Suenan horas: las doce. Ahora me acuerdo que todavía no he almorzado.

No he sido muy feliz que digamos en este día que pensaba consagrar por completo á mi felicidad.

Las doce de la noche y en ayunas, y con dinero en el bolsillo y con un hombre que me espera para arreglar un asunto de honor.

Tentado estoy por enviar á paseo el honor de Julio y refugiarme en cualquier parte y cenar con toda comodidad.

Pero no; el honor es lo primero; lo quiere así la sociedad. Sobre todo, si yo faltara á esta cita, no solo me deshonraría, sino que deshonraría á Julio, y yo quiero mucho á mi amigo para consentir que por mi culpa le señalen con el dedo.

Visitemos al padrino: es cuestión de cinco minutos, después no me faltará dónde cenar y dónde dormir.

XII.

Está de Dios que todo ha de salir contrario á mis deseos en este día desdichado.

Después de la lucha literaria, he tenido otra lucha que no sé cómo llamar con el padrino de mi adversario.

Un bruto, un hombre de seis pies, con la boca torcida, chato, tuerto, tartamudo, con una cicatriz que va desde el ojo izquierdo hasta la boca, patillas enormes y erizadas, una voz como un cencerro y unos puños de atleta que descargaba con furia sobre la mesa cada vez que me atrevía á indicarle una observación, haciéndola crujir como si le dolieran los golpes y se quejara.

Se ha empeñado en que el duelo había de ser á muerte y en qué me he visto para hacerle desistir de su empeño.

No vuelvo á meterme en otro lío semejante, ni por Julio ni por mi abuelo, si resucitara.

Ahora son las dos de la mañana; ¿á dónde voy yo á las dos de la mañana?

Los cinco duros aquí están nuevecitos, brillantes; ¿pero de qué me sirven estos cinco duros?

Sí que me sirven; me sirven de desesperación, porque sin ellos no hubiera yo soñado pasar un día feliz.

No he comido y no sé dónde dormir; de modo que tengo dinero y habré de pasar la noche al raso.

Hace demasiado frío y están demasiado duros los asientos del Prado, pero no recuerdo otro sitio donde se descanse mejor al aire libre.

¿Qué le hemos de hacer? dormiré en el Prado.

Pero no; me salvé. Vuelve al pecho, esperanza, que acabo de divisar una luz triste, misteriosa, opaca, que para mí ha sido una estrella semejante á la que guiaba á los Reyes Magos; una luz que alumbra débilmente un cartel donde se lee: *Casa para dormir*.

Una casa donde por un real se duerme; donde se reúne toda la escoria de la sociedad, donde la ropa se coloca debajo de la almohada y aun así desaparece en muchas ocasiones, donde la policía suele hacer visitas que siempre dan resultado; pero con todo, esa casa me parece un oasis en medio de este desierto que me rodea.

Al menos dormiré, descansaré, olvidaré, me moriré hasta mañana.

No soy del todo desgraciado.

XIII.

He entrado en la casa y me ha recibido un hombre de fisonomía poco simpática.

—Vengo á pasar aquí la noche, he dicho al entrar.

—No hay inconveniente, me ha contestado.

—¿Dónde podré dormir?

—Ahí tiene usted una cama.

—Pues voy á desnudarme: buenas noches.

—Poco á poco, caballero; no tengo costumbre de dejar dormir á nadie sin que me adelante la paga, porque de lo contrario, á muchos se les olvida de que una cama cuesta un real.

—Eso quiere decir...

—Que si usted no me paga ahora, en el momento, se marchará á la calle.

—¿No es mas que eso? he dicho sonriendo; ahí tiene usted, buen hombre, cóbrese usted.

Y le he entregado la moneda de cinco duros. El hombre la ha mirado, la ha dejado caer sobre una mesa, ha fijado despues sus ojos en mí y me ha contestado con cierta dureza.

—Esta moneda es falsa.

—¿Falsa! he exclamado estupefacto.

—Como Judas.

He dejado caer la cabeza con abatimiento. Es falsa la moneda; es decir, tengo que renunciar á todos los sueños de felicidad, tengo que dormir en la calle. No hay remedio; me conformo; las almas grandes se revelan en los momentos supremos.

He dado dos pasos hácia la puerta.

De repente me ha aguijoneado el vicio, no



PACIENCIA.—En aquel momento entró su hijo.

he sentido el hambre, ni el frío, he sentido la necesidad de fumar.

Me he vuelto avergonzado á aquel hombre duro y miserable y le he dicho, con voz suplicante, como quien pide una limosna:

—¿Me haría usted el favor de un cigarrillo?

—No fumo, me ha contestado con aspereza.

Dos lágrimas se han desprendido de mis ojos, he bajado la escalera maquinalmente, he salido á la calle y me he encaminado hácia el Prado.

¡Quiera Dios que el hambre y el frío no me maten esta noche, que vuelva á ver la luz del sol el día de mañana!

RAFAEL BLASCO.

LA CONCEPCION INMACULADA.

(CANTO Á MARÍA.)

Ella quebrantará tu cabeza.
(Génesis III. 14 y 15.)

Dos mundos hay en la historia.

El árabe y el galo adoran la acacia y la encina; el indio diviniza el Ganges ó inmola víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte.

El caldeo y el persa veneran los astros, y los

griegos entronizan en sus templos corrompidos á Némesis, ensangrentando su manto.

Enmudecen de pronto los oráculos de Apolo: ruedan las tripodes de las pitonisas: tiembla Herbxópolis; el sombrío Moloch huye de sus altares dejando en la sombra á su ídolo reducido á negros carbones; y el cetro de Judá es empuñado por el espantajo rey de Jerusalem, cuya frente impúdica era ceñida por el laurel cogido en el recinto idólatra del Capitolio.

Erase el tiempo prescrito.

Una doncella, hebrea de nación y de la tribu de Judá, de la estirpe de David y descendiente de Abraham, daba á luz en Bethlem á Aquel que rompiendo el servilismo social, planteó, según Chateaubriand, la libertad mas amplia, aboliendo la esclavitud humillante.

¿Conoceis esa Virgen privilegiada?

Es la inmaculada Virgen María.

Vedla: se eleva entre las hijas de Judá como un lirio entre las espinas; sus ojos son dulces como los de la paloma; sus labios semejantes á una cinta de escarlata, su andar es ligero como el humo de los perfumes; y su belleza, canta Orsini, rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte.

Vedla: bella como Raquel, prudente como

Abigail y valerosa como Judith, eclipsa las vaporosas deidades del pastor de la Arabia cuya arpa eólica roza la armoniosa brisa de la inspiración.

Canta su virginal pureza el estro mitológico de los primeros siglos. Aquella predicción misteriosa, *Ella quebrantará tu cabeza* reanimó el espíritu abatido de nuestros padres, cuando su infracción en el eden; corriendo luego por todos los pueblos, cuando su dispersión en las llanuras de Sennaar, una esperanza consoladora que prevaleció siempre sobre las ruinas de las antiguas creencias envueltas entre las teogonías politeístas del Thibet, del Japon y de la India, donde Fó se encarna en el seno virginal de la hermosa ninfa *Lhamoghinprul* para salvar á la raza decaída.

Los chinos, los lamas, los siamitas, la Isis zodiacal de los egipcios, la babilónica *Dogdo* los macénicos del Paraguay con la Persia y Sérica de altas torres son luminosas centellas escapadas del seno de las tinieblas para formar la aureola de gloria de la Virgen madre, á cuya honra los druidas alzaban ya altares en los negros bosques de las Galias; Virgen ante la cual tiembla el abismo, tiembla Mahoma y su absurdo Alcoran,

Acompañan este himno magestuoso la lira del Jordan, el arpa del Líbano, el sistro del Cedron y el laud del Carmelo.

Modula sus notas el pueblo israelita pasando el mar Rojo; repite su cadencia el encumbrado Sion; acompasa su melodía la palma da Cades y vigoriza sus acentos la voz de Moisés desde el Sinaí.

Popularízase ese canto que anima los papas y concilios; que fervoriza las órdenes religiosas; que entusiasma las universidades y las

águilas de las escuelas; que inspira los reyes y fraterniza los pueblos de los siglos católicos.

Una voz potente cual la de Daniel en el festín de Baltasar, cual la de Jossué en el valle de Ayalon cruza rápida el espacio; y marca, cual veloz tromba, sus huellas en los pueblos, diciendo: cesen las luchas escolásticas; cesen la indiferencia y el escepticismo; cesen la duda y el materialismo, *los pueblos pasan, los tronos se hunden, la verdad queda y permanece en pie.* Alegráos pues; vuestro canto es ya mas

que creencia; vuestra creencia es ya una verdad de fé. Definimos *Dogma* el misterio de la *Inmaculada Concepcion* de María.

Rasgan sus lirás inspirados bardos de amor; y baten palmas los pueblos ante las palabras pronunciadas en 8 de diciembre de 1854 por nuestro grande é inmortal Pio IX, estrella que alumbra la senda de gloria que victoriosamente recorre nuestro vacilante siglo.

FERNANDO SELLARÉS.



PANORAMA UNIVERSAL.—Arco de la Estrella en París.

PACIENCIA.

Con la paciencia se aplacará el Príncipe, y la lengua blanda quebrantará la dureza. (Proverbios, cap. 25, ver. 15.)

Era Matilde una jóven de veintidos años, inocente, virtuosa y modesta. Sus preciosos atractivos que le hacían merecedora de general aprecio; lograron cautivar el corazón de varios caballeros que anhelaban poseer su mano, y que por cuantos medios puede sugerir el amor, trataron de merecer el de Matilde.

Obediente á sus padres, juzgando que estos mejor que ella podrían darle por esposo un hombre digno de su cariño, no vaciló en aceptar por compañero de su vida, á Joaquín Mendoza, jóven que por sus buenas prendas, interesó en su favor á los padres de la doncella.

Algun tiempo vivieron felices ambos esposos; pero como suele suceder que ciertas personas abusan de los corazones buenos y sencillos, Joaquín conociendo el carácter dulce y apacible de Matilde, olvidó los deberes que su estado le imponía, y entregóse á la mas vergonzosa pasión; al juego,

Su esposa, que al principio nada sospechaba, lo veía taciturno, inquieto y desazonado. En vano le preguntaba con la amabilidad hija del cariño.—¿Qué tienes? ¿Por qué estás disgustado?—La respuesta era grosera, y la pobre Matilde, no acostumbrada á tan ásperos modales, sufría con resignación, contentándose solo, con derramar tristes lágrimas.

Los días enteros pasaba Joaquín fuera de su casa; y cuando volvía era para marcharse en seguida y no parecer en toda la noche. Matilde no se acostaba en estos casos. Sola, esperando á su marido, lloraba ó rezaba, mientras transcurrian las horas, angustiosas y lentas.

—Señora, le decían algunas veces sus amigas; esas amigas encismadoras que tantos pesares suelen causar en las familias.—¿Por qué llora usted?

—Porque no debo hacer sino llorar; contestaba Matilde.

—¡Desatino! Si usted quiere que Joaquín vuelva á la vida de buen casado, procure usted darle celos. Diviértase usted: admita galanteos, y de fijo, su marido se arrepentirá de sus faltas.

Matilde se avergonzaba de estos consejos que no podía abrigar en su alma virtuosa; y

resuelta á sufrir y callar, seguía retirada en su casa, oyendo con resignación las bruscas palabras de Joaquín, que desahogaba en su mujer los disgustos de su vida de inquietud y sobresalto.

Entre tanto, la fortuna de los esposos padecía una disminución considerable; y la pobre jóven entreveía un porvenir funesto, si Joaquín no abandonaba el vicio que se había apoderado de su corazón.

Una mañana, aquel hombre infame se levantó mas temprano que de costumbre. Vistiéndose precipitadamente y antes de salir abrió una gabela que tenía en su despacho. Estaba vacía.

—¡Matilde! grito furioso. ¿No hay dinero?

—Se ha gastado; murmuró la jóven; pero no te enfades, que tendrás en seguida.

Y así diciendo, fué á su habitación de donde sacó un cofrecillo que puso en la mesa del despacho. Al abrirlo, dos lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas, mojando sus manos que sostenían el cofre. Su marido las vió, y lanzó una imprecación terrible.

Matilde abrió el cofrecillo, y sacando varias alhajas las puso en manos de su esposo.

—¿Qué me das? dijo Joaquín estremeciéndose,

—Las alhajas que me regaló mi madre; respondió Matilde con voz temblorosa y sin poder contener el llanto que brotaba de sus ojos.

Joaquin temblaba y murmuraba palabras incoherentes.

—Vende esos objetos y satisface tus caprichos, repuso la jóven con acento indefinible.

En aquel momento entró su hijo; Joaquin había palidecido; todo su cuerpo estaba convulso. Quiso llorar y no pudo. Quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta. Por último, haciendo un violento esfuerzo, exclamó.

—¡Matilde perdón!

Y arrepentido, frenético, delirante, cayó de rodillas á los pies de su esposa, que embriagada de alegría y gratitud solo pudo decir...

—¡Gracias, Dios mío!

Joaquin se había salvado.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA ESPERANZA.

—He tenido, madre, un sueño
Como nunca lo pensara;
Escucha mi sueño, madre,
Y espícame ese fantasma.
Sobre las gigantes rocas
De una ribera que bañan
Rompiéndose en leve espuma
Del mar las inquietas aguas,
Ví sentada una mujer
Vestida de ricas galas:
En su purísima frente,
Como la azucena blanca,
Luce radiante una estrella
Que en redor sus rayos lanza,
Y al lado de la matrona
Inmóvil mirase un ancla.
Gime el viento; y una nave
Corre perdida. La dama
Eleva al cielo sus ojos
Y la tempestad se calma;
¿Quién era aquella mujer?—
—Era, niña, la *Esperanza*.—

RICARDITO EN UN BAILE DE CONFIANZA.

ESCENA ÚNICA.

Decoración de casa pobre.

—¿Señorita, quiere usted bailar esta polka?....

—Caballero, ni *varseo* ni *porqueo*.

—¡Horror!... ¡no *porquear*!... ¿y dígame usted amable castellana, rigodonea usted?...

—Sí; pero mamá no me lo *pelmita*, porque dice que ese baile es muy *etiquetero*.

—¡Caramba!... solo me resta entonces saber si me guardará unos lanceros.

—¿Sabe usted caballero, si yo tengo algun *escuadrón* á mi *disposicion*?... no tiene usted *perdon*, y ¡oh *mardicion* si oyera mamá su *proposicion*!

—Me ha dejado usted señorita, hecho una estatua; yo he querido decir si me reservará usted su persona para bailar unos lanceros, si como creo adivinar *lancetea* usted.

—Pues no *lanceteo*.

—¿Quiere usted pasear?

—No me sienta bien el paseo.

—¿Quiere usted que hablemos de amor?

—Caballero, caballero, mamá no consiente que yo hable de cosas que puedan abrirme los ojos.

—Pues hablemos de otro asunto.

—Yo no hablo de asuntos.

(Ricardito cambia de rumbo: se dirige á otra niña pálida, ojosa y de lánguida mirada.)

—¿Quiere usted honrarme, niña, en esta redowa?

—¡Ah!...

(Ricardito piensa cinco minutos sobre ese ¡ah!... se decide y continúa:)

—Señorita usted dispense, pero usando de

mi carácter franco, le confieso que no sé qué me ha querido usted contestar.

—¡Oh!....

—¿Que no?...

—¡Pues no!...

—¿Que sí?...

—¡Qué vulgaridad!...

—¡Pero en qué quedamos?...

(Minuto y medio de pausa; pasado este tiempo dice ella:)

—¿Es usted filósofo?...

—No: soy sencillamente aficionado á bailar.

—¿Y poeta?...

—Tampoco: bailo en prosa.

—El baile conduce á la desesperacion.

—Pues yo quiero estar desesperado.

—Bárbaro.

—Señorita ese lenguaje conduce á la descortesía. A los pies de usted.

—¡Adios!...

(Ricardito da media vuelta, encuentra una cursi coloradota y la dice:)

—¿Quiere usted valsar?...

—Sí... pero... no... no...

—¿Por qué?...

—Porque ya no tocan mas.

—¿Pues y eso?...

—Eso es que se ha acabado el baile.

—¡Ah!... ¡ya!...

(Ricardo se pone el sombrero, sale á la calle, se viene á casa, me cuenta el hecho, y se empaqueta en la cama; yo tomo la pluma, escribo su relato, y ahora que lo terminé, doy las buenas noches y con perdon de los lectores me voy tambien á dormir.)

B.

EL ORO.

¡Oro! esclama frenético el anciano:
¡Oro! la juventud por do quier grita;
el oro, el oro es el metal que incita
y el que corrompe el corazón mas sano.

Sin el oro en el mundo todo es vano;
el oro á la maldad nos precipita;

¡hasta el cariño el oro facilita
y el oro es la ambición del ser humano!

No hay criterio sin oro, no hay talento,
la mas pura virtud el oro empaña
y la mente del oro es instrumento.

El oro, el oro es la fatal guadaña
que destruye del orbe el gran cimiento.
¡Maldito ese metal que tanto daña!

CRISTÓBAL LOPEZ.

Á ELLA.

FRAGMENTOS.

Esperanza lisonjera
risueña como la aurora,
á cuya ilusión primera
te amé, niña encantadora.

Tú fuiste, hermosa, mi bien,
el ser que yo mas quieria;
mi gloria, mi luz, mi guia,
mi mas anhelado Eden.

Lo confieso, te adoraba
con mi primera pasión,
con la pura exaltación
que el alma mia encerraba.

Con un ardiente delirio,
con un éxtasis profundo,
con un amor que en el mundo
mas que amor es un martirio.

Constante mi pensamiento

nunca de tí se apartó,
tu dulce nombre invocó
mil veces en un momento.

¿Por qué has llenado de luto
á este pobre corazón?...
¡Solo á esta triste pasión
mi llanto dará tributo!

La esperanza ya perdida,
¿qué me resta, Dios piadoso?...
NADA; ¡tormento horroroso
mientras aliente la vida!

No puedo, no, yo te adoro
á pesar de tu desvío;
yo tu amor, hermosa, ansío,
yo tu pasión, niña, imploro.

PEDRO F. REYMUNDO.

LA CAZA DEL COCODRILO.

Sibarita anfibio, el cocodrilo disfruta á un tiempo de la frescura del agua y de la calma del aire, y donde quiera encuentra abundante alimento su voracidad.

El cocodrilo es generalmente invencible, ó cuando menos, ofrece su caza grave riesgo en la orilla de los rios ó en medio de los pantanos, que infesta y arranca al dominio del hombre; ¿qué hacen para combatirle menos arriesgadamente los moradores de las cabañas y de los pueblos edificadas en las cercanías de estos rios y pantanos? Se proveen de un cuadrúpedo inofensivo y atan á su cola una cuerda, cuya estremidad sujetan á un árbol, detrás del cual se ocultan. Al despuntar el día, el cocodrilo despierta, escudriña con mirada penetrante cuanto le rodea, distingue á su víctima, y se arrastra lentamente hacia ella, saboreando su triunfo.

Los cazadores tiran de la cuerda, el cuadrúpedo, obedeciendo al impulso y al de su conservación, retrocede; el cocodrilo avanza hasta el tronco del árbol, donde puede ser atacado con éxito fuera del agua y de terreno húmedo, y una nube de piedras, de flechas y de lanzas, le envuelve, le sofoca y le rinde. ¡Qué valor por parte de los combatientes! ¡Qué maravillosas evoluciones por parte de su adversario! Cien dardos le hieren á un tiempo, cien lanzas buscan sus ojos, que despiden rayos; pero el hierro de los dardos y de las lanzas se rompe sobre sus escamas de roca, y un rápido movimiento burla los golpes de maza mejor acerdados.

Por un lado gritos de rabia, por otro ahullidos roncros y amenazadores, arrancados aquellos por la esperanza de triunfo, y éstos por el temor de la derrota. Por entre las junturas de las escamas del cocodrilo surge al cabo un torrente de sangre: se detiene, cae y cierra los ojos. Los vencedores, satisfechos, le cercan para gozarse en su agonía y repartirse sus restos; de improviso el cadáver se endereza, se arroja sobre uno de los cazadores, que grita y cae. En vano procuran los indios arrancarle su víctima: regresan de la caza dejando dos cuerpos sin vida sobre la arena.

El cocodrilo no quería vencer, sino vengarse y morir. Y sin embargo, como es sabido, los animales voraces de América son infinitamente menos crueles y menos vigorosos que los de la India y Africa. Su tamaño es menor, y menos constante y terrible la guerra que se les hace que en Angola, en las islas Molucas, en la Cafrería y en el Indostan.

Los negros del Senegal, que comen la carne

del cocodrilo, le atacan en los pantanos, donde acostumbra entregarse al sueño. Se arrojan sobre él, y cuando abre la boca para devorarlo le introducen entre los dientes un hierro que le impide cerrarla, y muere sofocado por la falta de aire y por el agua que traga.

Los egipcios se valen de otro ardid; cavan en la orilla de los ríos profundas fosas, y las cubren con ramas y hojas de árboles, provocan al cocodrilo, le cercan y le persiguen hasta obligarle á que pase por el sitio en que han colocado la fosa, en la que al fin cae, y de la que no vuelve á salir sino fuertemente amarrado ó hecho pedazos.

Los salvajes de la Florida, en cuyas cabañas penetra el monstruo cuando le acosa el hambre, se reúnen en crecido número y salen á su encuentro; provistos de un tronco de árbol que termina en punta; mientras unos se la introducen por la boca, otros se arrojan sobre él y le clavan sus puñales entre las junturas de las escamas.

En Madagascar abundan los cocodrilos, pero son inofensivos mientras encuentran alimento entre los rosales y los juncos que les sirven de guarida. Si un capitán de barco ó un naturalista no manifiesta deseo de comprar, á cambio de oro ó de telas, uno de estos monstruos, muerto ó vivo, el habitante de la isla, perezoso por naturaleza, no le inquieta y parece que teme turbar su reposo.

La superstición de estos pueblos, indómitos hasta el día, enemigos de toda civilización, entra por mucho en los motivos de su apatía.

El cocodrilo es entre ellos en ciertas ocasiones el auxiliar obligado de la justicia de los hombres, y mas exacto sería decir que es el único que tiene el derecho de absolver ó de castigar.

Cuando se acusa á una mujer de un crimen y sus jueces naturales no se dan por convencidos de su culpabilidad, la desventurada tiene que sufrir una prueba que hace decisiva el capricho de un cocodrilo.

Hay en mitad del río, á corta distancia de su embocadura, una isla de juncos altos y espesos, plagada materialmente de cocodrilos colosales. La mujer á quien no se han atrevido á castigar las leyes del país, tiene, para probar su inocencia que atravesar el río á nado, sentarse ante la muchedumbre que la contempla, al pie de los juncos y regresar á las dos horas. Si los cocodrilos respetan á la viajera, es conducida en triunfo á su casa, y nadie, desde aquel momento, puede acusarla de un crimen de que los cocodrilos la han declarado inocente.

Debe darse crédito á los viajeros que afirman que si una mujer y muchos hombres se bañan en un río en que hubiera cocodrilos, la mujer sería la primera víctima de su voracidad. Estas observaciones son tan difíciles de probar como de combatir; acaso provienen de antiguas tradiciones; acaso de la primitiva religión de aquellos pueblos.

Á MI AMADA.

La fresca brisa
Lleva en sus alas
Dulces recuerdos
Del corazón;

Si á tu ventana
Llegan un día,
Niña, no mates
Esta ilusión.

Si placentera
Tus ojos fijas
En el que tanto
Pena por tí,
No los retires
Y una esperanza
Dale siquiera
Que va á morir.

Si acaso un beso
Pide atrevido,
No se lo niegues,
Ten compasión;

Que él en su anhelo
Con labio ardiente,
Hará que sientas
Igual pasión.

Si tú le niegas
Lo que te pide,
Por tus desdenes
Muera tal vez;
Mírale, niña,
Y en casto beso
Une tus dichas
A su placer.

M. SECO.

Los apólogos de nuestro difunto colaborador don Miguel Agustín Príncipe (q. s. g. h.) forman un precioso libro que deben adquirir todas las familias, tanto por la belleza y moralidad de los pensamientos, cuanto por el solaz que proporcionan. Como muestra insertamos hoy, sin perjuicio de publicar otras de distinto género, estas tres filosóficas

FABULAS.

LA SERPIENTE Y LA ABEJA.

A un mismo arbusto llegaron
La Serpiente y la Abeja, y de él
Una veneno, otra miel,
Las dos á un tiempo sacaron:
Con eso me recordaron
Que hay Libro de ciencia lleno
Que leen el malo y el bueno,
Sacando diversamente,
El bueno, miel solamente
El malo, solo veneno.

LOS TRES TROPEZONES.

Tropezó en una piedra
Don Timoteo,
Y luego Blas su hijo,
Y Antón su nieto.
Raro es que el hombre
Los tropiezos evite
De sus mayores.

EL MÉRITO Y LA FORTUNA.

Caminando á sol y á luna
Con extraña intrepidez,
Se encontraron una vez
El Mérito y la Fortuna.
Ambos entonces á una
Dijeron:—«¿Quién esto vió?
¿Quién así nos reunió
En dulce fraternidad?»
Lo oyó la Casualidad,
Y exclamó riendo:—«¡Yo!»

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE.

LOS NAIPES.

El extraordinario desarrollo que desgraciadamente en todas partes va adquiriendo la afición á los juegos de naipes, ha estimulado á un curioso á publicar las siguientes noticias sobre el origen de las cartas, punto acerca del cual hay gran diversidad de opiniones, así como también de su invención y del pueblo á que ésta debe atribuirse.

El abate Rilles dice que se usaban ya en España hacia el último tercio del siglo XIV fundando su opinión en la prohibición de jugar dinero á los dados, hecha por los estatutos de una orden de caballería llamada la orden de la Banda, establecida hacia el año de 1302 por Alfonso XI, rey de Castilla.

Otros autores atribuyen su invención á los alemanes. Cor de Gibgen las hace provenir de los antiguos egipcios. No obstante, otros quieren decir, con algún fundamento, que ha sido Francia su cuna. Algunos cronistas la hacen elevarse al reinado de Carlos VI, diciendo que fueron inventadas para procurar algún distraimiento á este príncipe, cuando le dejaban intervalos de tranquilidad sus accesos de locu-

ra: á tal entretenimiento se llamaba entonces juego del rey.

Según los mismos cronistas, el juego llamado juego de los cimientos, fue inventado por el rey Carlos VII.

David, rey de espadas, sería, según ellos, Carlos II; Carlos rey de oros, sería Carlo-Magno, si bien nada precisan acerca del César, rey de copas, ni de Alejandro rey de bastos. No obstante debe creerse que se ha querido, bajo estos nombres, hacer alusión á dos soberanos franceses; primero, por las pelucas, las prolongadas cabelleras y los respuntos con que se presentan á estos dos reyes de Roma y Macedonia, cuyos nombres llevan: y además porque en las cartas mas antiguas que se conservan se hallan siempre flores de lis en los mantos de los reyes de bastos y de copas.

Argine, sota de bastos, es anagrama de Regina, representa á la reina María de Anjou, mujer de Carlos VII; Raquel, sota de copas, es Agnes Sorel; Palas, sota de espadas, es la guerrera Juana de Arco; y Judit, sota de oros, es la emperatriz del mismo nombre, mujer de Luis el Benigno.

Lahiere, caballo de oros, es un gran capitán del tiempo de Carlos IV; Héctor, caballo de copas, es Héctor de Galardun, otro célebre guerrero del propio reinado; Ogier, caballo de espadas, es un héroe del tiempo de Carlo-Magno; y Lancelot, caballo de bastos, es también otro capitán notable de la misma época.

Los cuatro caballos representan por lo tanto á la nobleza.

Los nueve, los ocho y los siete, representan los soldados.

Los ases, significan la plata y las riquezas de la palabra latina *as*, que entre los romanos designa moneda.

Los seis, los cinco, los treses y los doses, llamados cartas bajas, no existían en aquel reinado; dícese que fueron inventados posteriormente para representar al pueblo.

Los oros, eran símbolo del valor de jefes y soldados.

Las espadas indicaban las armas que debían servirles para su defensa.

Los bastos representan los forrajes y las provisiones del ejército.

Las copas también eran flechas terminadas por una punta de hierro en figura romboidal, y que eran lanzados con la ballesta.

¿Y quién se atreve contra un ejército tan bien organizado?

También nosotros quisiéramos lanzar algunos flechazos contra dicho ejército, pero le consideramos muy formidable.

LAS PENAS DEL CORAZÓN.

—¿Por qué te muestras, niña,
conmigo pesadora?
¿Por qué no son de rosa
tus labios, dí, por qué?
¿Por qué triste me huyes?
¿Por qué no me confías
tus penas, y á las mías
con gusto reuniré?

Miró al cielo la niña,
bajó después los ojos
y así penas y enojos
confusa relató:

—Él era muy gallardo:
le amaba en demasía,
cansóse al fin, y un día,
¡ingrato! me olvidó.

Calló la niña entonces,
miróme fijamente,
vertiendo llanto ardiente
al recordar su amor;
Y yo por consolarla,
mostréla triste el cielo
diciendo:—Allí consuelo
tendrás en tu dolor.

M. SECO Y SHELLEY.



La Esperanza.

EL AMOR.

(PAGINAS DE MI DIARIO).

¡No es, como afirman algunos, un capricho casual ó un principio de egoísmo, el que hace que los seres se unan por amor; al contrario, es una ley de la naturaleza, sabia como todas las leyes que emanan de nuestra madre común, la que dispone la union de todo los seres y de todas las cosas.

Hay en lo mas profundo del corazon humano una fuerza superior que le domina: un visísimo deseo de ser amado, y una voz interior que le repite con insistencia; *ama*.

Sentimos al amar una ternura deliciosa, que se redobra con esa parte activa que tomamos en cuanto tiene relacion con nuestro semejantes.

El amor nace instantáneamente, como la admiración, á la vista de los objetos que mas nos deleitan ó conmueven en la senda de nuestra trabajosa vida.

¿Qué emocion mas ardiente, mas dulce al mismo tiempo, y mas espontánea, que la que produce el amor en los corazones vírgenes de pruebas y desengaños?

¿Qué sentimiento mas noble, que el sentimiento que une á dos almas en una misma vitalidad, idénticas ó semejantes aspiraciones?

La simpatía, ese fuego misterioso que como el de las antiguas Vestales, nunca se apaga ni consume, y que es el germen de la mas sincera amistad ó del amor mas purificado, tiene algo de superior, puesto que nos regenera y nos encanta y nos avasalla.

El endulza nuestras amarguras y presta consuelo á nuestros dolores, y enjuga nuestro llanto.

El amor, no hay que dudarlo, es un sentimiento elevado, generoso, que tiende á mejo-

rar las reducidas condiciones de nuestra organización social.

El amor ha dado ocasion á todos los grandes hechos que ilustran la hitoria general de los tiempos y particular de los hombres.

El amor ha creado las obras mas notables, de que se enorgullecen las artes.

El amor ha inspirado las sublimes creaciones del genio humano.

Quitadle al corazon ese sentimiento tan ardiente, tan dulce, tan espontáneo, tan noble y generoso, y le quitareis lo mas preciado de su existencia.

Un corazon que no ama, no siente.

Si late, su latido es como el sonido del péndulo de un reloj; acompasado y monótono y desapacible.

El alma cuenta entre sus mayores placeres los placeres puros del amor.

El alma teme el aislamiento, como una joven medrosa, y por eso busca continuamente y anhela y desea encontrarse á sus hermanas.

El alma necesita expansion y por eso ama.

No la preguntéis el *por qué* de su amor.

El alma ama por intuición.

Preguntad al viento por qué gime, y solo oiréis su gemido.

Preguntad á la oia por qué se agita, y os responderá con su constante agitacion.

Si al alma la preguntais por qué ama, el alma os responderá con su amor.

Y nótese que no hablamos de ese amor desenfrenado que todo lo atropella.

Ese no es amor; es pasión: y la pasión es, á nuestro entender, la exaltacion de los afectos, en su mas ascedente escala.

Es el viento inficionado, que deshoja las flores y quema las plantas.

El amor se puede comparar con una semilla;

si cae entre abrojos se esteriliza y muere; si se siembra y cultiva, se desarrolla y da frutos.

El amor, además de ser una ley superior de la naturaleza, es un principio de organización, civilizador y moral,

¡Dichosos los que aman!

¡Infelices de aquellos que no pueden amar!

Dios nos ha dicho: «Ama á tus semejantes como te amas á tí mismo.»

¿Y cómo hablar de otra suerte, *El*, que es *todo amor*?

¡Cuánto mas estables y maravillosas han sido las conquistas del Cristianismo, basadas en ese principio de igualdad, que es el amor universal, que todas cuantas nos recuerdan las mas brillantes páginas de la historia de los antiguos y modernos imperios y conquistadores!

¡El amor es principio de nuestra vitalidad; base de nuestra religion; necesidad de nuestro espíritu, y por último, lazo místico que nos une con la Divinidad!

AURELIANO RUIZ.

LOS OJOS DE CIELO.

Son muy bellos tus ojos, vida mia,
Tus ojos que me matan,
Tus ojos que del cielo en claro día
El limpio azul retratan.

Y por eso una vez, al contemplarlos,
Postréme yo de hinojos,
Que los míos al cielo creí alzarlos
Y era á tus bellos ojos.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe a la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.